VII Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo B

Segunda Lectura: 2Cor 1,18-22

Jesucristo no fue primero "sí" y luego "no". Todo él es un "sí"

"Cristo Jesús, el Hijo de Dios… no fue primero "sí" y luego "no"; en Él todo se ha

convertido en un "sí"; en Él todas las promesas de Dios han recibido un "sí"

(2Co 1, 19 s): así es como lo expresa san Pablo. En efecto, el Señor Jesús es

el "testigo fiel", es el 'sí' de las

promesas de Dios" y consiguientemente la realización suprema de la fidelidad incondicional

con la que Dios ama a su pueblo, a cada hombre y mujer. Así Cristo, en

cumplimiento de la voluntad del Padre inauguró en la tierra el reino de los

cielos, nos reveló su misterio y con su obediencia realizó la redención (LG

3).

Jesús en su predicación y en su conducta muestra ante todo su profunda unión con el

Padre en el pensamiento y en las palabras. Lo que quiere transmitir a sus

oyentes (y a toda la humanidad) proviene del Padre, que lo ha "enviado al mundo"

(Jn 10, 36). "Porque yo no he hablado por mi cuenta, sino que el Padre que me

ha enviado, me ha mandado lo que tengo que decir y hablar, y yo sé que su

mandato es vida eterna. Por

eso, lo que yo hablo, lo hablo como el Padre me lo ha dicho a mí" (Jn 12,

49-50). "Lo que el Padre me ha enseñado eso es lo que hablo" (Jn 8, 28).

En la predicación, Jesús demuestra que su fidelidad absoluta al Padre, como fuente

primera y última de ‘todo’ lo que debe revelarse, es el fundamento esencial de

su veracidad y credibilidad. “Mi doctrina no es mía, sino del que me ha enviado”,

dice Jesús, y añade: “El que habla por su cuenta busca su propia gloria, pero el

que busca la gloria del que le ha enviado ése es veraz y no hay impostura en él”

(Jn 7, 16. 18).

Por consiguiente, Cristo es el “testigo fiel”, en Él todo se ha convertido en un “sí”. Esta fidelidad ?en la

búsqueda exclusiva de la gloria del Padre, no de la propia brota del amor que

pretende probar: “Ha de saber el mundo que amo al Padre” (Jn 14, 31). Pero

su revelación del amor al Padre incluye también su amor a los hombres. Él “pasa

haciendo el bien” (cf. He10, 38). Toda su misión terrena está colmada de

actos de amor hacia los hombres, especialmente hacia los más pequeños y

necesitados. “Vengan a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados y yo les

daré descanso” (Mt 11, 28). “Vengan”: es una invitación que supera el circulo

de los coetáneos que Jesús podía encontrar en los días de su vida y de su

sufrimiento sobre la tierra; es una llamada para los pobres de todos los

tiempos, siempre actual, también hoy, siempre volviendo a brotar en los

labios y en el corazón de la Iglesia.

Jesús es “el testigo fiel” del amor que Dios nutre para con el hombre. En su testimonio están asociados la

verdad divina y el amor divino. Por eso entre la palabra y la acción, entre lo

que Él hace y lo que Él enseña hay una profunda cohesión, se diría que casi una

homogeneidad. Jesús no sólo enseña el amor como el mandamiento supremo, sino

que Él mismo lo cumple del modo más perfecto. No sólo proclama las

bienaventuranzas en el sermón de la montaña, sino que ofrece en Sí mismo la

encarnación de este sermón durante toda su vida. No sólo plantea la

exigencia de amar a los enemigos, sino que Él mismo la cumple, sobre todo en el

momento de la crucifixión: “Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen” (Lc

23, 34).

Nuestra respuesta dominical y de cada día a Cristo Jesús, el Hijo de Dios…, que no fue primero “sí” y luego

“no”, pide nuestra fidelidad y nuestro amor, nuestra indignidad y nuestro

abandono en “Aquel que nos ama, y nos ha absuelto de nuestros pecados por la

virtud de su sangre, y nos ha hecho reyes y sacerdotes de Dios, su Padre…” (Ap

1, 5-6).

Hemos venido al encuentro del testigo fiel, a estar junto a Cristo, y nuestros labios deben renovar hoy por Él, con él y en Él nuestro sí, nuestra fidelidad a Aquel que es el “testigo fiel”. Por tanto, así como Cristo dio su “sí” incondicional y definitivo al Padre por amor a nosotros, nosotros también le demos dar nuestro “sí”, nuestro “amén”, nuestro “así sea”. Y, como nos recuerda San Pablo, que no

estemos dando contramarchas: que no sea primero “sí” y después “no”, sino que digamos sí y mantengamos nuestro “sí” hasta el final.

Padre Félix Castro Morales

Fuente: http://parroquiadelasoledad.org/ (Con permiso a homiletica.org)